



Generalísimo Don
José María Morelos y Pavón

CCXLIII aniversario de su natalicio



José María
Morelos y Pavón



PRESENTACIÓN

El Instituto Electoral del Estado de Zacatecas, en este mes de septiembre, mes de grandes conmemoraciones patrias, se suma a las instituciones del Estado y del País al homenaje de nuestros próceres, que con su ejemplo, son paradigma para los mexicanos.

En esta ocasión se destaca la figura del insurgente e indiscutible héroe de la guerra de independencia, el Generalísimo Don José María Morelos y Pavón, quien se incorporó a la insurgencia, como lugarteniente del Cura Don Miguel Hidalgo y Costilla en 1811, y logró poner en jaque a los ejércitos realistas.

En este documento se deja constancia de los aspectos sobresalientes de su carrera militar, política e ideológica, que contribuyeron para que la insurgencia mexicana se proyectara, como un movimiento social legítimo, con objetivos claros de un pueblo que buscaba ser libre, soberano e independiente.

El Instituto Electoral del Estado de Zacatecas, como promotor de la cultura cívica democrática en nuestra entidad, rinde homenaje al Generalísimo Don José María Morelos y Pavón, a través de la difusión de este folleto y con la realización de la ceremonia cívica que se conmemora en su honor, este día, 30 de septiembre de 2008, en la Plaza principal de la cabecera municipal de Moleros, Zac., en coordinación con ese H. Ayuntamiento.



Generalísimo Don

*José María
Morelos y Pavón*

1765-1815

“En octubre de 1810, al pasar por Charo, Hidalgo se entrevistó con un ex alumno del Colegio de San Nicolás de Valladolid: José María Morelos, quien recibió instrucciones de su maestro para levantar tropas en las costas del sur y tomar el puerto de Acapulco. Al regresar a su curato, el discípulo reunió unos 25 hombres, armados con escopetas y lanzas, y de Carácuaro marchó a Zacatula. Así se inició la etapa más constructiva de la insurgencia mexicana. Las campañas militares de Morelos en Tierra Caliente constituyeron el más grave peligro para el régimen novohispano, a tal grado que el virrey concentró todos sus esfuerzos en aniquilar al caudillo suriano.

En poco más de un mes, Morelos había logrado conmovier toda la costa del sur, y en unos seis meses destruyó las tropas realistas existentes entre la costa del Pacífico y Mezcala. Tenía a su favor el clima y la geografía, pues los realistas nunca habían mantenido tropas en aquella zona y ahora les era difícil adaptarse.

En cambio, donde sí encontró dificultades fue entre sus propios hombres. Mariano Tabares y un tal David, miembros de su tropa, disgustados porque su jefe no les reconocía el grado militar otorgado a ellos por Ignacio Rayón, se retiraron a la costa, donde intentaron promover una guerra de castas. Al saberlo, el caudillo del sur se presentó en Tecpan, se llevó consigo a los



José María Morelos y Pavón

rebeldes, con el pretexto de darles el mando de una expedición a Oaxaca, pero en Chilapa los mandó matar. De ninguna manera permitiría una guerra entre hermanos. En esta misma población Morelos organizó su segunda campaña.

Persuadido de la necesidad de establecer el orden y una economía administrada, trató de reformar los abusos de los revolucionarios; organizó las rentas y creó una nueva provincia, la primera insurgente, cuya cabecera fue Tecpan, a la cual le dio el título de ciudad, y a la provincia el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe. En castigo por no poder tomar Acapulco, le quitó el título virreinal de "Ciudad de los Reyes" y le puso el más bajo de la escala municipal de acuerdo con las Leyes de Indias: Congregación de Fieles.

Morelos era un jefe incansable, de buen humor, de nato talento militar, con gran sentido común y cercano al pueblo. Atendía todos los asuntos, desde buscar cuevas de salitre para la fabricación de pólvora, hasta la confección de sacos o de instrumentos para la guerra. Para evitar la especulación ordenó el control de los precios siguientes:

"MANTECA A UN REAL LIBRA, MAÍZ A DOS REALES ALMUD, ARROZ PILADO A MEDIA LIBRA, MOJARRAS A TRES POR MEDIO, FRIJOL A CUATRO REALES ALMUD, TORTILLAS A DOCE REALES POR MEDIO, JABÓN A UN REAL, CIGARROS A UN REAL, PANELA A UN REAL, VELAS AL CORRIENTE".

No gozaba de buena salud, sufría de cólicos, de fríos y se había roto una pierna. Frecuentemente recibía avisos de que peligraba su vida, pero los ignoraba por completo. En cierta ocasión Ignacio Rayón le mandó decir que la Junta tenía noticias de que un hombre grueso, barrigón, había ofrecido entregarlo al virrey. Morelos le contestó en una nota "no hay aquí otro barrigón que yo". Mientras el Caudillo del Sur ocupaba territorios hasta la sierra que divide Tierra Caliente del valle de México, Félix Calleja preparaba su ejército para atacar Zitácuaro, sede de la Suprema Junta. Así lo hizo el 2 de enero de 1812, obligando al gobierno insurgente a huir a Tlalchapa y de allí a Sultepec. Una vez tomada la villa de Zitácuaro por los realistas ésta fue

reducida a cenizas.

Por su parte Morelos llegó a Cuautla el 9 de febrero de 1812, lugar a donde lo siguió Calleja. En esta pequeña población, el insurgente reunió unos cinco mil quinientos hombres y se dispuso a soportar el penoso sitio. Los defensores del lugar eran diferentes a las tropas de Hidalgo; estaban adiestrados en el manejo de las armas, disciplinados; bajo las órdenes de un verdadero caudillo popular, conocedor del enemigo. El asedio duró más de setenta días en los que las fuerzas de Morelos padecieron sed, hambre y enfermedades. Tenían cortadas las comunicaciones y escaseaba hasta lo más indispensable. Calleja, ante la fortaleza de ánimo de sus enemigos, no pudo menos de escribir al virrey:

“ESTRECHADOS POR NUESTRAS TROPAS [...] MANIFIESTAN ALEGRÍA EN TODOS LOS SUCESOS. SEPULTAN SUS CADÁVERES A SON DE REPIQUES, EN CELEBRIDAD DE SU MUERTE GLORIOSA Y FESTEJAN CON ALGAZARA, BAILES Y BORRACHERAS EL REGRESO DE SUS FRECUENTES SALIDAS, CUALQUIERA QUE HAYA SIDO EL ÉXITO, IMPONIENDO PENA DE LA VIDA AL QUE HABLE DE DESGRACIAS O RENDICIÓN”.

Morelos ordenó huir la noche del 2 de mayo de 1812. La victoria realista resultó funesta a la larga: el clima de Tierra Caliente enfermó a los soldados recién llegados de España; el ocio de tantos días de sitio propició la indisciplina y el juego. Peor aún fue la epidemia de fiebres malignas que se desató y extendió por todo el reino.

Este último hecho suscita la reflexión en algo que todo estudio de la guerra de independencia debe ponderar: los efectos económicos, sociales, políticos y culturales de una guerra civil prolongada. A principios de 1811 se empezaron a sentir en Nueva España los estragos del levantamiento: escasez de maíz, carne y carbón para cocinar y calentarse; alza de precios a tal grado que para fines de 1811 la fanega de trigo costaba unos 16 pesos, la de maíz cerca de 8 pesos, la de frijol unos 16 pesos y 12 la de chícharos. Los caminos estaban interceptados, faltaba dinero circulante, escaseaban las mercancías, se

multiplicaban los asaltos a los convoyes y se desplomaba la producción minera. En 1810 se había iniciado un verdadero colapso de la economía novohispana, aunque los efectos mediatos del desplome no se comprendieran cabalmente por entonces.

El periodo más crítico en la ciudad de México, centro neurálgico del país, fueron los años 1812-1813. Los caminos a Veracruz y a Querétaro se cerraron a mitad de 1812. Los realistas, para hacer frente a los ataques insurgentes, y poder así mantener comunicación con Veracruz y el bajío, establecieron el método de convoyes con escoltas militares. El correo, en vez de enviarse dos veces por semana como en años anteriores, tuvo que mandarse una vez por mes. Se introdujo la obligación de presentar pasaporte para entrar en la ciudad; en fin, parecía que una serie de calamidades habían caído sobre la capital; sobre ella se enseñoreaban verdaderamente los cuatro jinetes del Apocalipsis: guerra, hambre, peste y muerte.

Acorralado, el gobierno virreinal ordenó una serie de medidas para hacer frente a los problemas: en 1813 decretó un impuesto especial al maíz, chile y frijol, alimentos básicos de consumo popular. El hambre se incrementó y propició la difusión de una terrible epidemia de tifo que, en el verano de 1813, había contagiado a la mitad de la población capitalina, a tal grado que el cabildo prohibió el tañido fúnebre de las campanas para evitar el pánico general.

En 1814 otras calamidades aquejaron a la ciudad de México: viruela, pulmonías, basura, inundaciones, perros callejeros, vagos, delincuencia..., y ni los particulares ni el gobierno tenían recursos para solucionar tantos problemas. Las autoridades realistas ganaban la partida en el campo de batalla, pero los destrozos de la guerra no eran fáciles de reparar.

El año de 1813 significó también la primera gran derrota de Morelos. Según Lucas Alamán, el inicio de las desgracias de este caudillo ocurrió en el sitio al puerto de Acapulco. Morelos estuvo allí desde febrero a agosto de 1812, y ello dio tiempo a Calleja para preparar un nuevo ejército. Por otra parte, las

disensiones entre los jefes insurgentes debilitaban el movimiento. Rayón desconfiaba de Morelos, y hubo diferencias entre ambos. El primero ordenó recoger la moneda de cobre puesta en circulación por Morelos, así como cesar la contribución de cuatro reales mensuales (o dos a los indios) establecida también por este último. Entonces, el caudillo decidió romper definitivamente con la Junta de Zitácuaro: convocó, sin contar con Rayón, a un congreso en Chilpancingo. Fue ante este cuerpo donde Morelos expuso las ideas consignadas en el documento conocido como:

SENTIMIENTOS DE LA NACIÓN

En plena guerra Morelos se sometió a un congreso deliberante que a duras penas se ponía de acuerdo. Esta situación vino a obstaculizar el triunfo militar del generalísimo. No obstante, fueron meritorios los esfuerzos de aquellos diputados trashumantes, perseguidos constantemente, con hambre y sin techo, quienes elaborarían una constitución que refleja una mentalidad ilustrada y patriótica, si bien el documento era poco viable dadas las circunstancias por las que atravesaba la insurgencia.

El congreso tomó para sí el tratamiento de "Su Majestad"; sus miembros, el de "Su Excelencia". Se acordó que las sesiones fueran públicas, a las ocho de la mañana en el verano y a las nueve en invierno. Morelos no quiso admitir el tratamiento de "Alteza" que pretendían imponerle.

El seis de noviembre de 1813 el Congreso hizo pública la Declaración de Independencia redactada por el diputado Carlos María Bustamante. Establecido el gobierno insurgente, tomado además el puerto de Acapulco, Morelos decidió apoderarse de Valladolid e instaurar ahí la sede del Congreso. Pensó, asimismo, invadir desde esta última ciudad, Guanajuato, Guadalajara y San Luis Potosí.

El ataque de Morelos a Valladolid tuvo lugar el 23 de diciembre de 1813. Esta ciudad contaba solamente con ochocientos soldados realistas, pero en Indaparapeo estaban los contingentes de Ciriaco del Llano y Agustín de

Iturbide, los cuales fueron movilizados en auxilio de Valladolid a donde arribaron el día 24 por la mañana. El ejército integrado por Morelos, de aproximadamente 20 000 hombres, fue vencido en las Lomas de Santa María. Los insurgentes huyeron hacia Puruarán, perseguidos por los realistas; en la hacienda del mismo nombre se apresó al cura Mariano Matamoros, fusilado al poco tiempo en uno de los portales de Valladolid.

Cuando el Congreso se enteró del fracaso de Morelos, disgustado con el generalísimo tomó a su cargo el poder ejecutivo. El caudillo veía desmoronarse poco a poco la insurgencia. Rayón, Rosains, Victoria, Terán y Cos estaban en pleito con el Congreso y entre sí. Con todo, fueron posibles avances de tipo jurídico:

LA CONSTITUCIÓN DE APATZINGAN, PROCLAMADA POR EL CONGRESO EL 22 DE OCTUBRE DE 1814.

Refleja una concepción liberal en boga por aquella época; se inspiraba en la Asamblea de la revolución francesa y en las Cortes de Cádiz. A diferencia de los proyectos criollos de 1808, la constitución insurgente intentaba conformar una nueva nación mediante un sistema representativo, la separación de poderes, el respeto a los derechos del ciudadano y a la libertad de expresión. Consagraba la soberanía popular y las garantías individuales típicas del liberalismo burgués europeo. Adolecía del defecto, grave para la lucha insurgente, de reservar para el Congreso el mando de la fuerza armada, porque las discusiones no detendrían las balas enemigas; el mismo cuerpo legislativo debilitaba a su máximo jefe militar. De igual manera que las masas revolucionarias rebasaron a Hidalgo, el ilustrado Morelos sería objeto de incompreensión por parte de los letrados del Congreso.

La coyuntura internacional tampoco era favorable a la insurgencia. Desde mayo de 1814 Fernando VII reinaba otra vez en España. El monarca suprimió la constitución, restableció la inquisición y desató una persecución de liberales. Una de las banderas originales de los independentistas caía por su base: vuelto el rey no podía combatirse en su nombre y por sus derechos.

La decadencia del movimiento emancipador fue general en toda América. En Nueva España, el Congreso, perseguido muy de cerca por los realistas, llegó a Puruarán en junio de 1815. Ahí se dedicó a responder a “unos pliegos venidos del Norte” que un extraño personaje enviara en febrero de aquel año: José Álvarez de Toledo, marino y ex diputado a las Cortes de Cádiz. Este agente de varias naciones (Estados Unidos, España, Inglaterra y el gobierno insurgente) había escrito a Morelos y al Congreso varias cartas dirigidas al “Presidente de los Estados Unidos de México” y al Congreso de la “República Mexicana”. En esta correspondencia daba sugerencias e instrucciones de cómo tratar con el país del norte.

Con una terminología política análoga a la norteamericana, pero ajena a la de Nueva España, donde no existían estados soberanos ni forma republicana, logró convencer a los legisladores para que: enviaran un representante del gobierno insurgente ante los Estados Unidos, otorgaran nombramientos militares y patentes de corso a varios aventureros y, más importante aún, tomaran la fatal decisión de acercarse a la costa veracruzana con la esperanza de mantenerse en comunicación con la prometida ayuda exterior. Con esta última idea en mente, el Congreso se dirigió hacia Tehuacán, escoltado por Morelos. En Tetzamalaca el realista Manuel de la Concha atacó a la comitiva. El desorden se generalizó entre los insurgentes, quienes huyeron precipitadamente, Morelos entró en una cañada con un puñado de hombres, donde el teniente realista Matías Carranco sorpresivamente lo tomó prisionero. Como los miembros del Congreso iban por delante, lograron quedar a salvo. Era el 5 de noviembre de 1815.

Custodiado por un gran aparato de seguridad, Morelos llegó a San Agustín de las Cuevas el 21 de noviembre. Una enorme multitud quiso verlo; el virrey, temeroso de una posible liberación del generalísimo por sus partidarios, ordenó que en la madrugada éste fuera conducido secretamente a las cárceles de la inquisición. Ahí en la Ciudadela, ante sus jueces eclesiásticos y civiles, Morelos contestó con dignidad y firmeza a las preguntas formuladas, sin inculpar a otros. A primera vista pudiera parecer que el declarante dio



José María Morelos y Pavón

información acerca de las posiciones y recursos insurgentes; sin embargo, no fue así. Morelos sabía que su secretario Juan Nepomuceno Rosains y Andrés Quintana Roo, al ser indultados, habían enviado informes detallados al virrey sobre el estado de la insurgencia (octubre-noviembre 1815). Los realistas, con la aprehensión de Morelos, habían ganado prácticamente la guerra. Este fue condenado a muerte, y se le ejecutó el 22 de diciembre de 1815 en San Cristóbal Ecatepec. Alamán relata así sus últimos momentos:

“...SE PUSO DE RODILLAS, DIOSE LA VOZ DE FUEGO Y EL HOMBRE MÁS EXTRAORDINARIO QUE HABÍA PRODUCIDO LA REVOLUCIÓN DE NUEVA ESPAÑA, CAYÓ ATRAVESADO POR CUATRO BALAS, PERO MOVIÉNDOSE TODAVÍA Y QUEJÁNDOSE, SE LE DISPARARON OTRAS CUATRO”. TENÍA 50 AÑOS.

Muerto el pastor, las ovejas se dispersaron. El Congreso, errante, fue disuelto por Manuel Mier y Terán en 1816. La insurgencia, falta de dirección, sin figura a quien respetar y obedecer, se fragmentó en pequeñas partidas que merodeaban por el territorio novohispano. Cada jefe se sentía dueño y señor en su zona, al estilo del guerrillero Albino García que en 1811 rehusó reconocer la Suprema Junta de Zitácuaro con estas significativas palabras: que “no había más junta que la de dos ríos ni más alteza que la de un cerro”. La política conciliatoria del nuevo virrey Juan Ruiz de Apodaca, sucesor de Calleja, también mermó las filas insurgentes. Muchos insurrectos se acogieron al indulto y se retiraron a la vida privada.

¿Qué había sucedido con el movimiento de Hidalgo, con los esfuerzos de Rayón, con las campañas de Morelos, con los trabajos del Congreso de Chilpancingo, con la meritoria prensa insurgente? Ciertamente la guerra civil se había resuelto a favor de los realistas. En lo militar triunfaron las fuerzas virreinales. Las partidas insurgentes, atomizadas y débiles, no amenazaban seriamente la autoridad del gobierno. Sin embargo, la Nueva España no era la misma; en las ciudades y en el campo había prendido el anhelo de independencia. La lucha anterior había despertado conciencias, y en este sentido la insurgencia había logrado su mayor y más perenne victoria.

La población novohispana estaba cansada de la devastación sufrida durante estos siete años resultado de la violencia tanto realista como insurgente. De 1816 en adelante se buscarían nuevas formas de lograr la emancipación pero de manera más constructiva. Coincide esta etapa con una coyuntura internacional favorable a las luchas revolucionarias hispanoamericanas. En junio de 1815, Napoleón Bonaparte había sido derrotado en las colinas de Waterloo. Veteranos de la guerra napoleónica deambulaban por las ciudades, sin trabajo, a media paga, sin resignarse a volver a la actividad civil. Estos miles de oficiales buscaban guerras en donde obtener la gloria y los recursos materiales que la paz europea les negaba. Los agentes de la insurgencia hispanoamericana aprovecharon esta situación para engancharlos en los ejércitos de Bolívar y otros jefes americanos.”

José María
Morelos y Pa



Bld. José López Portillo No. 236 • Col. Arboledas • **Guadalupe, Zac. MX** • C P 98608
Tels. (492) 922 0606 • **925 0863 y 64** • 922 4749 Fax • **www.ieez.org.mx** • ieez@ieez.org.mx